

Crisis, y sindicalismo en quiebra

EL GOBIERNO DE LA crisis mexicana ha sido negativo para la economía y la política de los trabajadores. El presente régimen, por voluntad propia, y no por debilidad o incapacidad, ha hecho suya la política del Fondo Monetario Internacional. En ausencia de otras fuerzas alternativas, y ante una resistencia poco consistente, el gobierno ha aplicado plenamente esa política o, en todo caso, la ha ajustado a las situaciones concretas, pero en ningún momento se ha visto obligado a modificarla en lo sustancial. Ante la protesta obrera y popular maniobró, pero sólo para ejecutar lo previsto. Con adelantar unos cuantos días el calendario salarial y conceder de manera diferenciada y pírrica algunas demandas, logró aplicar el conjunto de su política. No negoció ni principios ni formas. No hubo fuerza capaz de obligarlo. El ejercicio de su poder fue la guía, la única opción existente y recurrente. En verdad, "para el monetarismo no hay consenso que valga".

Frente a la crisis, la política salarial del régimen ha sido transparente; incluso "se le ha pasado la mano". La desvalorización de la fuerza de trabajo (disminución del salario real), como condición y objetivo de la política económica del gobierno, se ha logrado con creces. Hasta los mismos empresarios empiezan a hablar de aumentar los salarios ante el riesgo de no poder vender, pues ya no hay quien tenga para comprar.

Así, el gobierno de la crisis ha sido un gobierno contra los trabajadores. Se gobiernan números, cantidades y calidades, coyunturas y estructuras; se elaboran planes y programas, etcétera; pero nunca

aparecen, como necesidades del gobierno, las necesidades populares. Se pretende salir de la crisis pasando sobre esas necesidades y no a partir de ellas. Se pide unidad y solidaridad sólo para confrontar y dividir. En ningún momento el movimiento sindical y popular ha podido contrarrestar, en forma significativa, esa política gubernamental. Los resultados están a la vista.

El descontento se generaliza, pero la indignación se contiene ante la incertidumbre de la perspectiva y la inseguridad de las propias fuerzas. El gobierno recurre más al castigo que a la represión violenta (como rasgo predominante), pero sólo porque no enfrenta fuerzas alternativas de importancia.

La crisis económica ha puesto de manifiesto el deterioro de las instituciones tradicionales (sindicales y políticas) de defensa y de lucha del pueblo trabajador. En particular, el sindicalismo mexicano ha resultado incapaz e inoperante; su poder de negociación y su capacidad alter-

nativa y unificadora se han visto sumamente reducidos.

Se ha dicho que la clase obrera mexicana es el principal sostén del Estado, pero habría que agregar que no lo es por su fuerza, grado de organización, conciencia y desarrollo, sino por sus carencias, su dispersión y debilidad. Su existencia como aparato subordinado por un lado, y en tanto ciudadanos y consumidores, por otro, permite al Estado un consenso que nada tiene que ver con una fuerza obrera, sino con una masa de maniobra que, en la mayoría de los casos, permanece en la pasividad expectante.

Ciertamente la crisis plantea y abre nuevas posibilidades. Muchos cambios y reformas serán necesarios. El gobierno ha optado por iniciar un proceso de modernización capitalista de la sociedad y el Estado mexicanos. Se trata claramente de una racionalización típicamente capitalista encaminada a modernizar la producción y el poder. Tal proyecto exige también una modernización del sindicalismo nacional que, sin embargo, mantenga su carácter subordinado y colaboracionista. La burocracia sindical buscará, ante todo, continuar su papel mediador.

Por otro lado, la masificación del desempleo, el rezago productivo y la amenaza de la caída misma de la producción, provocan un debilitamiento del conjunto del sindicalismo, además de fomentar un estado de ánimo conservador e inmovilista entre el pueblo trabajador.

Así, las mismas condiciones y efectos de la crisis se convierten en armas patronales y estatales contra los trabajadores y favorecen una salida modernizante como la que se pretende.

Sin embargo, la generalización



La inflación se combate con producción, no con reducción de gastos

Entrevista al maestro Ricardo Torres Gaytán

MAESTRO TORRES GAYTÁN, todo parece indicar que la inflación este año alcanzará una cifra no inferior al 85%. Esto, en un año en que el gasto público se ha contraído fuertemente, los salarios han crecido a nivel inferior a los precios, y la economía se encuentra postrada en una de las más profundas depresiones de la historia. ¿Qué es en su opinión lo que ha fallado para controlarla?

En efecto, así es, de acuerdo con las declaraciones oficiales del gobierno y en particular, las del Banco de México.

No tengo información acerca de en cuánto se ha contraído el gasto público. Si éste se contrajo en un cantidad pequeña, no tuvo ninguna influencia para contrarrestar la inflación. En cambio, los salarios efectivamente han crecido a un nivel muy inferior a los precios y la economía se encuentra postrada como es la pregunta, debido a que el gobierno no ha enfocado bien el problema de contrarrestar la inflación.

A mi manera de ver, ésta se

combate sólo con aumentos de producción y no con reducción del gasto, ni con vigilancia de infractores y multas a los comercios para que no aumenten los precios. Estos dos instrumentos no resuelven el problema de base que, para mí, es no haber promovido la producción agropecuaria desde hace varios años y que ahora estuviera dando sus frutos correspondientes. Tampoco se ha recurrido a promover la producción de la pequeña y mediana industria que tiene respuesta a corto plazo, ni siquiera se ha echado mano de organizar a los consumidores para que formen cooperativas de consumo o al menos adquieran los artículos básicos en común, e impedir así que el intermediario obtenga una ganancia que sólo eleva los precios, sin que él mismo preste algún servicio a la comunidad. El intermediario tiene la doble desventaja de no promover la producción ni de promover el consumo, sino más bien restringirlo en la medida en que eleva los precios que no benefician a los productores ni al consumo.

Estos son a mi manera de ver, los factores que explican que la política

antiinflacionaria haya fallado. En concreto, el haber despreciado la importancia de fomentar la producción porque ésta no tiene respuesta al día siguiente. Creo que las autoridades del gobierno están ávidas de que cualquier medida que implanten tenga efectos inmediatos, tal como creen que la tienen aplicando multas, cerrando comercios, sin reparar en el efecto que tienen estas medidas negativas.

En cuanto al conjunto del proyecto antiinflacionario que ha desplegado el gobierno desde diciembre de 1982, y ante la reducción substancial del control oficial de precios y la política de contención salarial, tampoco ha podido surtir efectos positivos. Porque, repito, la solución de la inflación no está ni en los controles, ni en las restricciones en materia de gastos ni de los salarios, medidas con las que pretenden contener la excesiva demanda, cuando el problema es que la oferta es escasa, y ante una oferta insuficiente en relación a la demanda no hay poder humano que pueda detener el alza de los precios, mientras no se le dé preferencia al problema de aumentar la oferta.

del descontento y la protesta, la incapacidad de los dirigentes tradicionales para responder a la nueva situación creada por la modernización, y la ya relativamente prolongada experiencia del movimiento democratizador en los sindicatos pueden convertirse, en un momento dado, en los elementos necesarios y suficientes para una transformación democrática y de fondo del conjunto del sindi-

calismo nacional. Ninguna otra "reforma de estructura" es tan importante para la democracia en México como la creación de un sindicalismo combativo y de clase. Una lucha sindical por el aumento del poder contractual y salarial, está demostrado, es requisito indispensable para una modernización democratizadora, o si se quiere, para una democracia moderna, política y productivamente.

De cualquier forma, la única fuerza capaz de presentar una alternativa social y política dentro de la sociedad y el Estado existentes, e incluso, una alternativa de sociedad y de Estado, es el pueblo trabajador mexicano. Convertir, por tanto, las condiciones y efectos de la crisis en posibilidad y en lucha por un sindicalismo democrático, libre e independiente, es tarea principal de la democracia mexicana. (RB).